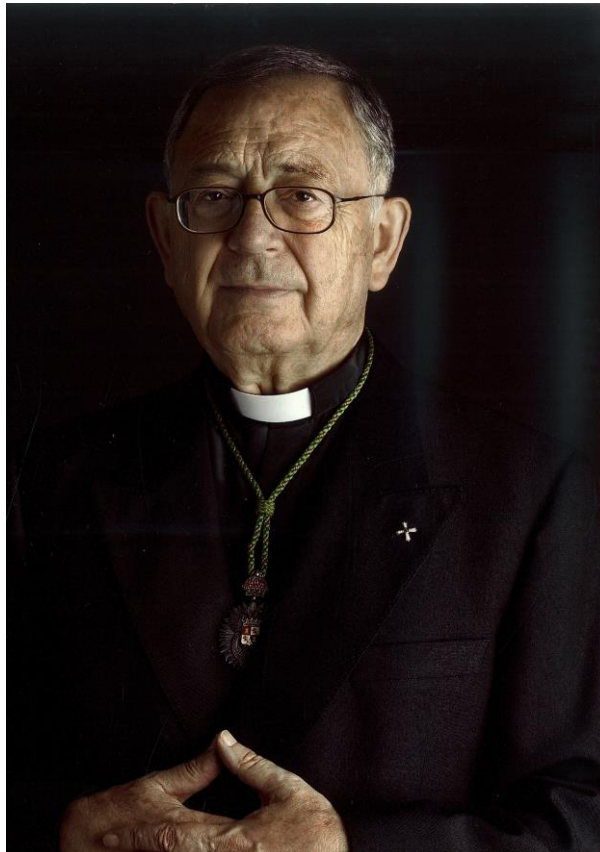


Ramón González, un sabio medievalista



Una tos que se resistía a marcharse, que parecía un resfriado mal curado, terminó siendo el reflejo de la enfermedad más hipócrita que se conoce (porque muchas veces cuando suele dar la cara ya es demasiado tarde): un cáncer que comenzó en uno de sus pulmones y terminó extendiéndose. El fallecimiento de Ramón González, cuando contaba con 91 años, tuvo lugar el 29 de enero de 2019, festividad de san Julián de Toledo, un santo que, curiosamente, había estudiado y del que era muy devoto. Precisamente él propuso llamar san Julián a la iglesia situada en la Avenida de Europa.

Ramón González nació en Pueblo de Alcocer (Badajoz) el 14 de agosto de 1928. Una vez que en 1952 fue ordenado sacerdote por el arzobispo Plá y Deniel, desempeñó su ministerio durante los tres primeros años en cuatro pueblecitos de Guadalajara, que pertenecían a la diócesis de Toledo. Después, por indicación del obispo A. Granados, se marchó a Roma, donde culminaría sus estudios en Historia Eclesiástica, Teología, y Paleografía y Archivística. Más adelante completaría su formación, ya en el ámbito civil, que culminaría brillantemente con el grado de doctor en Historia Medieval.

Durante un tiempo fue capellán en el colegio de las carmelitas de Toledo (donde enseñó religión y francés), también en el edificio de san Pedro Mártir (Capellán de la Residencia Provincial de san Pedro Mártir o Colegio de San Pedro Mártir, donde vivió desde 1961 al 1980 en compañía de la comunidad de religiosas Hijas de la Caridad, y demás residentes, ancianos, niños y jóvenes), y estuvo al frente del apostolado rural de Acción Católica (lo que le llevó a viajar por toda la diócesis). Pero un momento decisivo en su carrera fue cuando le nombraron auxiliar del Archivero capitular, es decir, un ayudante del archivero, que por entonces era Juan Francisco Rivera. Pero este, más tarde, se tuvo que marchar a Roma en la primera etapa del Concilio Vaticano II, y Ramón González lo sustituyó en sus clases de Historia de la Iglesia en el Seminario (iniciaría así la docencia de su gran especialidad), y ganaría por oposición una plaza de Beneficiado Archivero, que lo vinculaba definitivamente a la Catedral de Toledo, cargo que ocupó durante 12 años. El siguiente paso natural fue sustituir a Juan Francisco Rivera como canónigo archivero, lo que sucedió en 1976. Este cargo lo consiguió después de superar una prueba bastante dura o exigente. Se da la circunstancia de que fue el último canónigo que accedió al Cabildo a través del sistema de oposición y, además, el último que sería propuesto, como se hacía entonces, para que fuese ratificado por la autoridad pertinente, en este caso el rey Juan Carlos I. Fue canónigo archivero durante veintisiete años. Más adelante conseguiría una oposición a Cátedra en el Seminario mayor como profesor de Historia.

De Ramón González resaltaría 5 facetas: como sacerdote, como docente, como archivero, como académico y como conferenciante. En su tarea sacerdotal siempre ha destacado su actitud de servicio a la Iglesia. En la presentación de su último libro afirmaba: “He servido a la Iglesia de Toledo, si no me falla la memoria, durante 59 años. A estas alturas de mi vida debo confesar que en este tiempo es mucho más lo que ella me ha dado”. Y al final concluye: “servir a la Iglesia de Toledo ha sido una gracia de Dios y un placer”. Además de la Catedral, era fácil verlo celebrar la misa en la parroquia de Layos y de Argés, donde solía pasar sus vacaciones de verano, pues su prima tenía una casa de campo allí. Llamaban la atención sus homilías, enjundiosas y profundas, que siempre llevaba preparadas por escrito.

Durante muchos años fue profesor de Historia en el Seminario. Siempre estaba dispuesto a transmitir su saber a los demás, destacando por su cercanía y su pedagogía a la hora de exponer las ideas con una brillante oratoria. Era muy querido por sus alumnos. Insistía mucho en la importancia de que los seminaristas tuvieran una buena formación en teología. La época medieval fue su principal especialidad, a la que dedicó numerosos e importantísimos trabajos.

Por supuesto, destaca su labor al frente del Archivo de la Catedral, en tareas de ordenación o catalogación y sobre todo divulgando su rico contenido en publicaciones, propias o de otros investigadores, a los que ayudó con sabias orientaciones. Sobre esta labor afirmó: “la principal tarea del archivero-sacerdote es cuidar la imagen de la institución a la que sirve”, pues “la Iglesia puede aparecer bien o mal interpretada”. Él insiste, en esta explicación, en la doble vertiente de la Iglesia como una institución santa y pecadora, compuesta por trigo y por cizaña, con aciertos y defectos, pero “sabiendo que los bienes que la Iglesia ha aportado al mundo son infinitamente mayores (cultura, arte, preeminencia de la vida humana, respeto de la libertad individual, asistencia social de los desvalidos, dignidad de la mujer, educación de la juventud, etc.) que los pecados de algunos de sus miembros. Presentar este inmenso patrimonio en toda su dimensión, sin hacer alarde de una arrogante apologética, es el mejor servicio que se puede prestar a la Iglesia”.

Ramón González también fue académico numerario de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo desde 1970. Llevaba en su pecho la medalla IX. Desde 2005 hasta 2010 dirigió esta institución centenaria. En gran parte se debe a su tesón y a su empeño la paralización de los proyectos urbanísticos

que se pretendían llevar a cabo en la zona de Vega Baja, porque estaba convencido de que en este lugar se encontraban importantes restos que tenían que ver con el mundo visigodo (en concreto, el palacio de los reyes visigodos y un barrio cortesano, donde vivían los que ayudaban y servían a esos reyes). También se le atribuye la localización del monasterio, llamado Agaliense, donde san Ildefonso fue abad, que Ramón González ubicaba en torno a una casa de labor ubicada en la finca de la Peraleda.

Y, por último, no hay que descuidar su enorme labor como conferenciante en congresos, simposios y otro tipo de encuentros. Y no solo en España. Así, impartió charlas en Nueva York, Ottawa, Cambridge, Harvard, Aix-en-Provence, Chicago, Ginebra, Grandvillard, Cremona, Agde... Hasta el último momento estuvo dando a conocer lo que sabía a través de conferencias (muchas de ellas aún permanecen inéditas). Pertenecía a muchos organismos e instituciones de prestigio.

Ramón González publicó más de 150 artículos y 10 libros. De sus libros destacaría las siguientes cuatro aportaciones: 1) su tesis doctoral titulada *Hombres y libros de Toledo (1086-1300)*, sobre personajes de la época medieval relacionados con la catedral de Toledo y el legado de los códices que dejaron. 2) La edición y el estudio de la Biblia de san Luis en tres volúmenes. Se trata de una Biblia que se hizo en París en la primera mitad del siglo XIII para el rey Luis IX de Francia, que se conserva en la catedral de Toledo. A este ejemplar toledano le faltaba un cuadernillo y don Ramón se marchó a estudiarlo a Nueva York. 3) La coordinación del monumental trabajo (concebido como una enciclopedia) titulado *La Catedral Primada de Toledo. Dieciocho siglos de historia*, publicada en 2010, en la que colaboraron importantes especialistas. 4) Su último libro sobre la iglesia visigótica y mozárabe, que consistía en una recopilación (y corrección) de artículos suyos, que estaban dispersos, sobre esta temática en la que era una autoridad. En concreto, fue un profundo conocedor de la época medieval y de los primeros obispos toledanos: San Eugenio II de Toledo, san Ildefonso de Toledo, Cixila, Elipando de Toledo y Eulogio de Córdoba. Su libro *La Catedral de Toledo 1549 según el Dr. Blas de Ortiz* consiguió el premio del libro mejor editado en el año 1999 en la modalidad de libros de investigación y erudición (la edición corrió a cargo de A. Pareja). Ha quedado pendiente la edición de su *Historia de la Iglesia toledana*, que dejó acabada en el período antiguo y medieval (hasta el siglo XV), y organizó el trabajo para que fuese terminada por otros especialistas. Esta investigación verá la luz próximamente

Sus artículos reflejan la pluralidad temática de los asuntos de los que se ocupó: propuso que el puente cercano al de Alcántara se llamase Azarquiel, sobre los códices mozárabes, sobre el primer Corpus en Toledo, sobre Guadalupe (demostrando históricamente la vinculación de este monasterio con la diócesis de Toledo), sobre la Escuela de Traductores, sobre la recuperación del canto de la Sibila, sobre la vida del Señor de Orgaz, sobre el arcipreste de Hita y sobre la Asociación de los Montes de Toledo.

Ramón González era un hombre cercano, inquieto intelectualmente por su pasión por conocer, por leer y por escribir (manejaba al dedillo las nuevas tecnologías). Dominaba el francés, el italiano y el inglés y comentaba que le hubiese encantado estudiar chino. Diríamos que encajaba al dedillo en la visión de un humanista con profundos conocimientos clásicos. Yo estoy seguro de que podría haber desempeñado una exitosa carrera en el ámbito civil, por ejemplo en un contexto archivístico o como catedrático de Universidad, pero pesó siempre su actitud de amor y de servicio a la Iglesia. Era afable, no muy hablador y a veces podría dar la impresión de ser serio, porque no era fácil verle sonreír. Era un hombre bueno, en el mejor sentido de la palabra, como diría Machado. Vivía cerca del paseo de san Cristóbal (en la calle del Taller del Moro) en compañía de su prima, Manoli González, durante muchos años bibliotecaria en la Biblioteca Municipal de santa Bárbara. Vivieron juntos más de medio siglo. De vez en

cuando, como me confesó, le gustaba leer poesía. No es extraño, por eso, que en la presentación de su último libro, en la sacristía de la catedral de Toledo, citase algunos versos del arzobispo-poeta san Eugenio, que sonaban a despedida: “Aunque brilles envidiado entre esplendores de oros y gemas / Pobre y pequeño irás, y desnudo, a las sombras. / Contigo solo estará después de la muerte funesta / Lo bueno, lo recto, lo justo que hiciste tú mismo.”

El 10 de mayo de 2019 la Real Academia de Toledo le hizo un homenaje. En ese acto la familia de Ramón González donó a la Academia, porque así lo dejó dicho, unos azulejos de cerámica (18 escudos de Cardenales de Toledo, desde el siglo XV al XX, realizados por José Aguado) y un ejemplar facsímil en tres volúmenes de la Biblia de san Luis (con dos libros de estudios, uno de ellos con las dedicatorias de los autores de dichos estudios a Ramón González). Sin duda, ha dejado una obra intelectual que tardará mucho tiempo en ser superada y permanecerá el ejemplo de un sacerdote que pasó por la vida haciendo el bien. Y quedará entre nosotros, como dice el poema, todo lo bueno, lo recto y lo justo que hizo, que fue mucho.

Santiago Sastre Ariza
Académico Numerario de la
Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo
santiago.sariza@uclm.es